

- ¿No tienes turbante?
 —No tengo ni sombrero.
 —Toma este.
 —¿Es costumbre en esta ciudad cubrir al reo antes de empalarle?
 —Tu ropa está destrozada.
 —Razón tenéis, señor.
 —Toma este caftán.
 —¿Cómo?
 —Póntele. Acercaos, esclavas. Escoge las tres más hermosas.
 —¡Yo!
 —Escogeré por tí. Tuyas son esas tres.
 —¿Cuáles? ¡Esos astros! El miedo me consume.
 —Los bueyes son tuyos.
 —¡Míos!
 —Toma ese collar, obsequio de un antiguo rey.
 —¡Qué pesado! ¡Y de oro! Esto me confunde. Y no me explico lo que me pasa. ¿Sueño? ¡Mío tu negro turbante, mío tu caftán azul! ¡Y me pones al cuello este collar de oro! ¡Y, en lugar de cortarme la cabeza ó de ahorcarme, declaras que me pertenece lo que yo intentara robarte, y me entregas, además, tres mujeres para mí solo!
- ¿No albergaste un día á mi abuelo en tu caña?

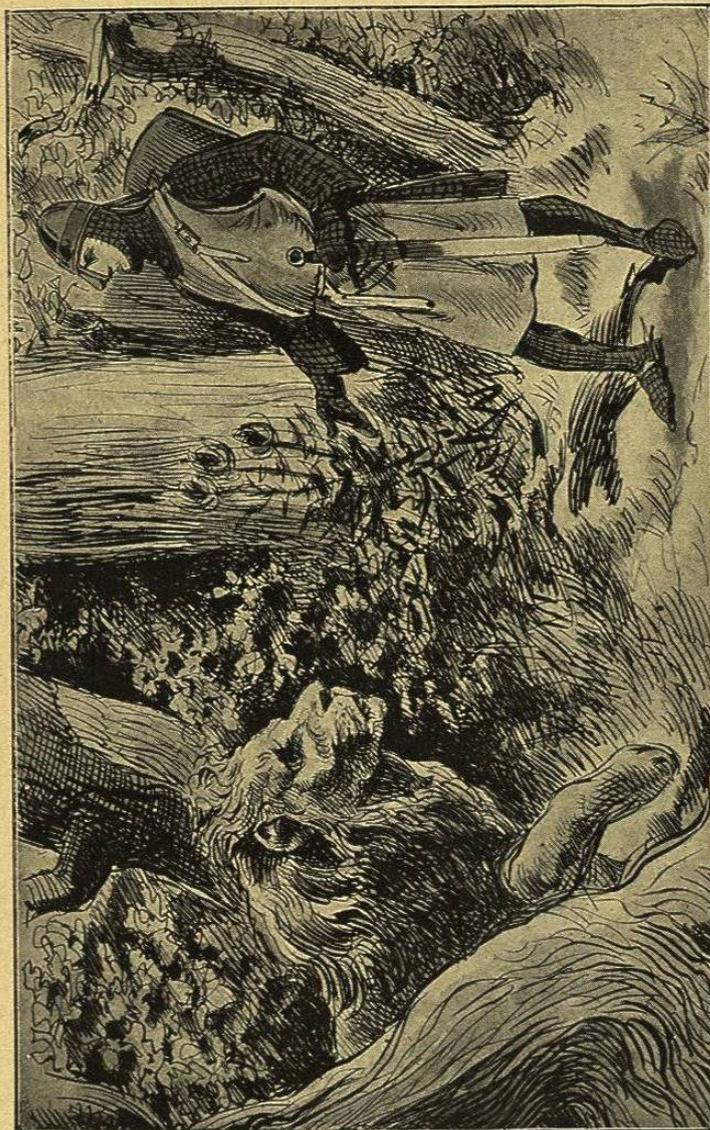
XIII

LOS SERES SOMBRÍOS PASAN

Los demonios, cuyo canto es una confusa algarrabía, vuelan en el horrible tumulto de las nubes; y conforme huyen á través del infinito, sorpresa causan al mal con los ardientes gritos de amor que le dedican.

¡Calor, fuego, claridad, vida, engendrad el desastre! Naturaleza del triple seno, bajo tu sudario de astros, sé buena madre, haz dos pliegues á tu manto, y cobija en uno á un cordero y en el otro á un lobo. Javalí, tórnate puerco sobre la hierba en que te revuelcas. Desgracias, engendraos constantemente unas tras otras. ¡Oh bocas de los furorés y de los rugidos! ¡Oh leona, oh pantera, llamad á vuestros amantes! Boas, buitres, tiburones, cocodrilos, víboras, monstruos, en lo profundo de vuestras cavernas cumplid la ley que os manda crecer y multiplicaros. Echa nuevas hojas, cúbrete de sombra, ¡oh manzanillo! Llegó ya el mes de Mayo; pajarillos de todas clases, emparejaos en los nidos frágiles y calientes, y en el movimiento murmurador de árboles y arbustos, haced con amor pequeños para los grandes. Ocultad á Dios, sacerdotes; biblias, no permitáis que luzca el sol. Máscaras, sed encantadoras con vuestras horribles caretas. Asilo en el que el lince está en acecho, en el que el jaguar se oculta con

la zarpa preparada; soledad, ábrete ante el errante Agar. La mosca tiene sus alas, mas contra ellas la araña sus telas teje. Eleva, eleva constantemente, hacia el cielo cubierto de estrellas, hacia el azul, hacia el soplo tempestuoso de los torbellinos, por encima de los estanques y de los pantanos, tus numerosas ramas, de las que se desprende el insalubre miasma, ¡sombrio mundo ignorado, lúgubre bosque virgen! ¡Creced, gorriones, que el gavilán crece también! ¡Alegria! ¡Oh bandido, sé príncipe! ¡Príncipe, tórnate bandido! ¡Reina, impostura, apodérate del padre y luego del hijo! ¡Dioses, reyes, pestes, reuníos! ¡Prospera, cadalso! ¡Oh guerra, oh fratricidio, tened todas las felicidades que puedan daros los asesinos, los señores, los verdugos, los comedores de niños, los cazadores de hombres! ¡Crece, Babel! ¡Sibaris, canta! ¡Ama tú, Sodoma! ¡Sé feliz, podredumbre! ¡Trabaja, desquiciamiento! ¡Pululad, cuervos! ¡Y tú, piedra de ese molino, da vueltas y más vueltas y aguza el filo de esa espada! ¡Crece, beleño; prospera, acónito; cicuta, florece! Canta bajo el cadalso, mandrágora; formaos, repugnantes venenos de los viles juncos, de los arbustos trepadores, de los árboles enanos. Formaos, porque nosotros, los desconocidos terribles, somos quienes, filtrando la áspera savia á través de horribles cribas, confiando á la primavera el asesinato, hacemos formidable vuestra consistencia. Somos el negro enjambre que, conforme pasa, desea el cadáver al chacal, la noche al mochuelo, una talega de oro á Judas, un beso á Jesús. Queremos ver cómo el agua viva se espesa en el pantano; amamos á lo que odia; nuestra bondad procura un hacha á Caín. ¡Infierno, sé real; César, sé fuerte; tigre, sé hermoso! ¡Sáciese siempre tu hambre, negro sepulcro! Rocío, acepta la repugnante plata de la limaza. ¡Tiemble la vil osamenta, siempre que soporte alguna belleza!



Todo es falso. Virtud, ¿qué crimen te engendró? Y tú, ceniza, ¿de qué oro procedes? Porque la superficie, carne pura ó claridad santa, puede ser adorable, exquisita, fresca y de tan bello aspecto que los hombres se enamoren al verla. A nosotros nos toca el horrible interior. ¡Abismos, es menester que todo lo que vive, ama, se mueve, va, viene, ríe ó llora, deje de existir! Porque todo ello es el sepulcro; y el invisible escollo hacia el cual flota la cuna, es el ataúd, y el recién nacido, blanco y sônrosado, es un esqueleto al que la muerte ofrece su pecho repugnante.

De esta manera exprésase el enjambre de los demonios sediciosos; y todo lo que en el mundo comete crímenes, los falsos sacerdotes, los reyes sangrientos, la tempestad, la peste, el cadalso, la muerte, reanímase al oírles.

XIV

El Campeador, el hombre honrado y sin tacha, gritó un día que se hallaba en mitad del bosque: —¡Aquí, león! Tengo que hablarte. Acércate. Y casi en el mismo instante se oyó exclamar á la fiera, que salió de detrás de una roca:—Aquí estoy; mas ¿por qué me tuteáis?—Porque soy tu hermano,—replicó secamente el Cid, el terrible y dulce hijo de España. Y el monte, el bosque espeso, el rocío, la hierba y el arbusto, reconocieron que el soberbio guerrero tenía razón.

XV

EL ANCIANO DE BRISACH

Castigué á los barones ladrones, á los negros burgraves, de intrepidez muy distinta de la de los verdaderos valientes, que en ambas orillas del Rhin llevaban á cabo sus atrevidas hazañas. Yo fuí el verdugo, reyes; yo hice relucir sobre aquellos bandidos la hoja de este viejo estoque que ahora se enmohece; y vosotros caísteis sobre el botín, que os repartísteis como asociados; lo que restara de aquellos ajusticiados fué, príncipes, vuestra herencia. No siendo mi oficio despojar á las cruces de sus clavos, me abstuve de tomar parte en la distribución, y de ir de noche á lo más recóndito de los bosques á arrebatrar, para vendérselas á los judíos, las cadenas de las horcas. Si yo hubiera aprovechado tales ocasiones; si, como vosotros, hubiera metido la mano en el saco, yo, el anciano de Brisach, en la actualidad sería tan rico que los abades se inclinarían al encontrarme, y si de ello hubiese tenido deseos, hubiera llegado á rey, como vuestras altezas. Para conseguirlo, ya lo sabéis todos, hubiérame bastado comprar su pueblo á cualquiera de vosotros; porque todos, pequeños y grandes, estáis siempre prontos á tratar con el mejor postor, y por abandonar estos montes, por comer opíparamente, por huir de vuestros castillos de rústicas almenas, para ir á vivir á Roma junto á los cardenales y el Padre Santo, en compañía de la primera

mujerzuela, ¡ni uno de vosotros hubiera retrocedido ante la venta de su villa!

¿A qué, pues, venís ahora á aullar en mi presencia? ¿Por qué armáis tal confusión? ¿Por qué ladráis de tal modo?

Príncipes, cuando hasta mis piés os arrastrabais en otros tiempos, ¿lo hacíais restregando vuestro cuerpo contra el suelo? ¿Caminabais á cuatro patas? No me acuerdo de eso. Y en la actualidad, en que sólo soy un buen hombre que sueña, cuando mi negra barba se tornó cana, reaparecéis ante mí enseñándome los dientes, os arrojáis sobre mí y desgarráis mis carnes. Mas no me sorprende que os hayáis vuelto zorros y lobos, porque sé de lo que sois capaces, reyes. Vuestro valor es hijo de vuestras antiguas hazañas. De manera que no diré más sino que os reto, tanto á tí, rey, como á tí, marqués, como á tí, landgrave, como á tí, duque, como á todos los que formáis ese rebaño de animales hambrientos que me persigue, á que me mordáis en alguna parte de mi cuerpo que no hayáis lamido.

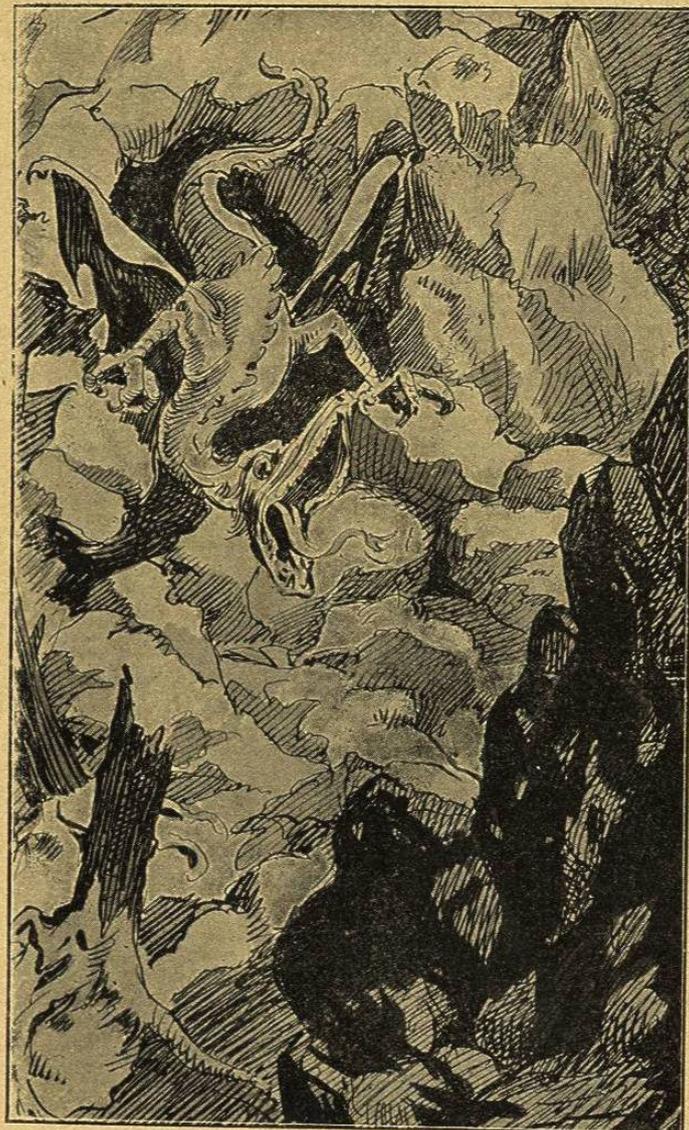
XVI

El animal miró al hombre que á él se aproximaba. Sus cuatro patas, su lomo áspero y sobrenatural y su repulsivo vientre cubrían más de media fanega de terreno. Tenía las contorsiones súbitas de la serpiente, ojos de tigre, y los buitres se cernían sobre él como las moscas se ciernen sobre un

gusano. Hubiérase dicho que el monte se asfixiaba bajo su peso; si un león hubiera rugido junto á él, no le hubiese producido más impresión que Mosco suspirando un idilio á su lado; la sombra parecía tener miedo á aquel cocodrilo, cuya boca era el abismo en que la lava aparece; sus resbalones desmenuzaban las duras rocas, arrancaban de raíz las encinas; en sus pupilas se veían todos los odios que el infierno hace reflejar á sus negras linternas. Se enrojeció... —Buenos días, lagarto,—dijo el héroe.

XVII

¡Batallas! ¡Negros duelos entre la fuerza y el derecho, choques en que el que miente despedaza al que cree! Guerras, ¿no sois funestas á las ideas cuando al azar corréis decididas? ¡Cuántas veces manchasteis con vuestras infamias la Paz y la Justicia, castas deidades! No se limita todo al ruido que producís, ¡oh victorias, estrépitos, fiestas resplandecientes! ¡Iluminaciones bajo los grandes árboles negros! ¡Rojos fulgores diseminados en el claro cielo de las tardes! ¡Prolongada aclamación de la multitud á los ejércitos! ¡Conciertos! ¡Cánticos bélicos! ¡Gritos ardientes! ¡Humos!, que conmovéis el corazón de los ciudadanos, y de los que al siguiente día sólo restan viles harapos enredados en las ramas de los árboles y manchas sebosas en las Venus de mármol!



XVIII

HUGO DUNDAS

Grande fué Hugo Dundas ante los doce pares de la cámara estrellada. Entre los espectadores una mujer que tenía el rostro cubierto con un velo, le admiraba y lloraba sollozando.

Noche, antorchas, paredes engalanadas, blasones de los dos reinos, todo era bello y siniestro á la vez. Los doce pares, que no despegaban los labios, parecían fantasmas sentados sobre una tumba.

Brillaba un hacha.—¡Vergüenza!—gritó el pueblo. Y éste y los soldados comenzaron á amenazar; mas nada conmovió al conde Hugo Dundas.

—La rebelión ha entrado en aquellos montes sobre los cuales se cierne el águila; y esto mientras estabais allí todos. ¿Qué haciais, milord, en Cartlane y en Dumbar? ¿Qué haciais, milord?

—Defendí al rey, mis pares, al rey que mi corazón, mi grupo y mi estandarte me enseñaron á venerar; amo al águila y al soberano, porque soy hidalgo y montañés.

De esta manera hablaban el juez austero y el so-

berbio conde. ¡Feliz el buen soldado que agoniza sobre la hierba, al aire libre, á la luz del día!

Se retiró la corte. En el salón se agolpaba el pueblo. Por fin reapareció el alba, semejante á una virgen pálida que el hombre va á manchar.

Las puertas guarnecidas de bronce, que comunicaban con la habitación en que el consejo se celebraba, abriéronse de pronto. Y lentamente, como estatuas movidas por un resorte, reaparecieron los doce lores.

El juez, de blancos cabellos, dijo, sin sentarse y hablando al conde:—Nuestros días son breves. Puesto que Hugo Dundas no quiere dar cuenta á los hombres de su conducta, tendrá por juez de ella á Dios.

Sabed que ante la Torre de Londres va á levantarse un negro cadalso. Lord conde Hugo Dundas, ¿qué respondéis á esto? Mañana por la noche moriréis.

Entonces, uno de aquellos gritos que hacen que el espanto se apodere aun de la inquieta alma del juez, repercutió súbitamente bajo la bóveda. Todo el mundo miró al conde; éste sonreía.

Y dijo:—¡Adiós, oh vida! Y sin turbación en el alma saludó al tribunal. Luego, volviéndose hacia la sombra, en la que lloraba una mujer:—¡Adiós,—agregó,—amor!

14 de Enero, 1844.

XIX

ESCRITO EN UNA PARED DE VERSALLES
JUNTO AL CORDÓN DE CAMPANILLA DE LUIS XIV

Lo abyecto es ilustre en este caduco tiempo; el duque llama al gañán, el rey llama al duque.

¡Extraño siglo! Sin mezclar ambas filas, al propio tiempo que un grande lanza al mundo un mísero lacayo.

Locos y sabios le representan; tiene dos rostros, pero un solo perfil.

Al hombro, en la misma talega, tiene el duque y el bufón, Frontin y Fronsac.

Versalles, 10 de Agosto de 1830.

XX

LA MELANCOLÍA DEL VIDAMO

—Sí, duque, somos bellos, y tenemos el amor en los ojos y el talento en el cerebro. Un hermoso día,

porque es necesario que todo, aun el mismo mal, concluya, después de pasar la fiebre y la ictericia, después de haber amado y odiado mucho, de haber mentido, engañado, trampeado, vendido y excitado; después de un montón de malas acciones, noches en el garito, berlangas, sacanetes, fumaderos, caemos, semejantes á viles gañanes ahogados por el orgullo. Y no sabemos qué hicimos de nuestra alma, que fuéramos sembrando tras de nosotros y al azar, en aquella sombra y entre aquel humo. El hombre, moneda falsa, escudo siniestro y negro, que el cambista Satán clava con frecuencia en su mostrador, pieza que guarda la muerte en pago de la orgía, pertenece al caos, que Dios marca con su efigie.

XXI

LA GUILLOTINA

Las revoluciones, esas grandes libertadoras, son feroces, como hijas de las monarquías. Cuando, por fin cansado, el género humano trató de salir del pasado para entrar en el porvenir, no percibió otra puerta que la que le ofrecía, bajo el hierro en que el relámpago resplandece, el espacio comprendido entre aquellos dos postes, entre aquel marco horrible.

Sí, hombres, fugitivos rebaños, esa es la única entrada, y ¡misterio sombrío! por ahí se ha de salir,

